

EL "ESPIRITU DE LA MONCLOA" EN CRISIS

PARECE bastante visible que se va realizando una separación del Gobierno y su partido, la UCD, y los partidos de la izquierda. Más ostensible en el PSOE, más larvada en el PCE, como corresponde a sus posiciones iniciales en el pacto de la Moncloa: de reserva y frialdad en el primero, de algún entusiasmo en el segundo. Una gran parte de esta nueva distancia en las relaciones, que algunos han llegado a interpretar como el final del "espíritu de la Moncloa", es la avidez de poder del Gobierno, un sentido mesiánico de la gobernación del país. Hace ya tiempo que se le atribuyó, no sé si con veracidad o no, la frase de que "El poder no se comparte", cuando se le interrogó —la Moncloa estaba todavía lejos y era imprevisible— sobre consultas con los jefes de otros partidos en algún caso determinado. La frase, si no fuera cierta, "e ben trovata", como dicen los italianos, parece corresponder al carácter del señor Suárez, a la idea general de poder de que procede y a todo su comportamiento general. El mismo pacto de la Moncloa es algo bien distinto de una forma de compartir el poder, y cuando el señor Carrillo, en unas declaraciones que hizo en París, vino a decir que en realidad las reuniones de entonces significaban ya un Gobierno de concentración, expresaba más un deseo que una realidad, porque no estaba en la naturaleza de las cosas, como el señor Suárez comenzaría a demostrar inmediatamente.

LA necesidad de poder del Gobierno de UCD, aparte de una avidez natural y de una vocación política muy firme, y de una necesidad de reparto de puestos y responsabilidades entre sus coaligados, tiene otras fuentes y otras obligaciones. Una de ellas, es que el señor Suárez y su grupo aparecen como garantes ante una derecha que todavía no se ha echado al monte de la ofensiva contra el Gobierno, y que cree que este Gobierno puede ser una solución para sus problemas ante una situación crítica. Cualquier aspecto de desconcentración —o reparto— del poder podría precipitar el salto montaraz en muchos sectores. La Iglesia ha sido uno de los primeros, con su sobresalto ante la Constitución. Los empresarios son otro. Ahora está sufriendo ya muy claramente el asalto de sectores de opinión reflejados en algunos periódicos que representan sectores políticos muy de la derecha. Cuanta más fuerza tienen los sectores que desde la derecha amenazan a

Suárez, más débil aparece su posición y, por consiguiente, más enérgico tiene que resultar ante sus compañeros de pacto y enemigos de oposición. Suárez debió presentar el pacto —son conjeturas— como una maniobra hábil para contener a la izquierda general, y concretamente a lo que se llama "la calle". Alguna derecha lo aceptó así, pero otra comenzó a desengañarse cuando ha seguido viendo que a "la calle" no la para nadie: ni siquiera las balas. Porque el gran tema del reajuste de la sociedad nacional y de las autonomías de las provincias está por encima de cualquier pacto. Y porque los mismos partidos políticos tienen sus límites. No sólo aquello que no pueden hacer, sino aquello que ni siquiera puedan hacer. Los días de la Moncloa mostraban en lo que se llama los círculos gubernamentales —el partido, los altos funcionarios— una especie de entusiasmo mítico por el señor Carrillo, y un enfado bastante visible por el señor González. Estaban ignorando que el señor Carrillo y su partido, viejo o renovado, con o sin dogmas, es difícilmente manipulable, más que hasta el punto en que honestamente se quiera dejar manipular: es decir, en el sentido de un pacto o de un compromiso de carácter

nacional, pueden perder parte de su imagen clásica, e incluso no sólo de su imagen, sino de su misma sustancia, a cambio de otras concesiones equivalentes: ese es el sentido claro y más digno de un pacto, de cualquier pacto entre dos o más partes con intereses distintos: cada una concede o pierde en las mismas proporciones que pierden las demás, para lograr un consenso beneficioso a la totalidad. En este caso, la totalidad debía ser la sociedad española. Y la expresión de proporcionalidad en las cesiones se refiere siempre, repitamos que en todos los pactos, a la relación de fuerzas. Lo que no firmaron el señor Carrillo, el señor González ni ninguno de los partidos no gubernamentales que pactaron con el señor Suárez fue un cheque en blanco, de la misma forma que ahora en Portugal el señor Cunhal se ha negado a firmar un cheque en blanco al señor Soares para mantener un Gobierno dispuesto a no conceder. Tengo la sensación de que la breve luna de miel entre el señor Suárez y el señor Carrillo se ha esfumado ya. No puede el Gobierno, sin merma del acuerdo general, estar utilizando la referencia al pacto de la Moncloa para toda una serie de actuaciones que no le corresponden, o que no estaba en



Lo que no firmaron el señor Carrillo, ni el señor González —sobre estas líneas, en la sede del PCE—, ni ninguno de los partidos no gubernamentales que pactaron con el señor Suárez, fue un cheque en blanco.



Cuanta más fuerza tienen los sectores que desde la derecha amenazan a Suárez, más débil aparece su posición y, por consiguiente, más enérgico tiene que resultar ante sus compañeros de pacto. En la foto: los firmantes en la Moncloa.

el espíritu de los pactantes. A partir del caso de la retroactividad planteada con motivo de la huelga del personal de Aviación Civil comenzó a deteriorarse, por mal uso o por abuso, el espíritu del pacto. No ha dejado de hacerlo hasta ahora.

UNO de los temas más graves de ruptura es el obstruccionismo parlamentario que realiza el partido gubernamental y el Gobierno en sí, abusando del "consenso" del pacto. Con las comisiones inundadas de "ucedistas", con el incidente de la expulsión de la Mesa del Congreso del seno de la Junta de Portavoces o con los incidentes del pleno prenavideño, convocado con astucia tan visible que deja de ser astucia en las vísperas de Navidad. Ciertamente es que los partidos políticos colaboraron, con su pacto de consenso, a la anulación de las Cortes como elemento de debate; el abuso que está realizando el Gobierno en este sentido va probablemente más allá del límite de lo tolerable por parte de los partidos, que se han ido convirtiendo en simples comparsas, que asisten mudos, perplejos o indignados sin eficacia al desarrollo de un poder que les ha limado su condición de opositores. Y que les está poniendo en evidencia ante un país incómodo. O incomodado. Ni siquiera por trampa, por maniobra o por guiño de ojos se deja prosperar una moción de la oposición. Ni siquiera por tranquilizar a la opinión pública.

ANTE este punto de insoportabilidad de las relaciones establecidas en el pacto de la Moncloa, hay dos variaciones que se están viendo. Una es la del Gobierno, que avanza más en el camino que le lleva hacia la derecha. Otra, la de los partidos de la izquierda, que quieren recuperar su imagen de independencia hipotecada en la Moncloa. Ciertamente el Gobierno ha sido siempre de la derecha —aunque desde la misma derecha se le acuse de izquierdas o, en el mejor de los casos, de centro izquierda—, pero, a medida que ve que los partidos y los sindicatos no le están garantiza-

dos, "la calle", en el sentido que quería el señor Suárez, y que no podía ser más que ilusorio, dada la situación del país —el sentido de que los partidos, por disciplina y disuasión, evitaran el trabajo de la Policía— se inclina más hacia las formas de poder y los centros de fuerza clásicos. Busca más claramente una democracia autoritaria, con ciertas licencias en la cuestión de costumbres —licencias muy controladas: cine erótico, pero reservado para salas especiales a precios elevados; despenalización del adulterio, pero mantenimiento de los efectos civiles; divorcio, pero restringido y controlado, etcétera—, que interesan probablemente más a una burguesía de clase media y de talante liberal que a los grandes sectores proletarios, pero con toda clase de reservas en la cuestión esencial de reparto de riqueza, relaciones de capital y trabajo, libertades de expresión política, etc. Que el Gobierno vaya hacia una democracia como puede ser la francesa y aún más atrás —más de Pompidou que la de Giscard, incluso más la de De Gaulle que la de Pompidou— no es una sorpresa: es, probablemente, su propósito más antiguo. Todo lo cual es lícito.

SIEMPRE que haya una oposición. Y que el Parlamento no esté obstruido, y que los partidos no estén maniatados por un pacto que se va revelando provechoso sólo para una parte —aunque algunos lo comprendieran desde el primer momento—. Los partidos están en riesgo de perder su clientela, dicha esta palabra sin ánimo de herir. Están desengañando velozmente a sus militantes y a sus electores. Parece que en las direcciones de los partidos aparecen ya estas disidencias con bastante fuerza. Los partidos deben ver que el asociacionismo a todos los niveles que está desarrollándose de una manera quizá excesiva, pero inevitable y necesaria, dadas las circunstancias, está sustituyendo las acciones que ellos mismos no son capaces de llevar adelante o de plantear con energía y

entereza. Aunque están presentes en todas esas asociaciones.

PARECE notarse que hay ya una reacción, y que el protagonismo está correspondiendo al Partido Socialista. Es un papel que no ha abandonado nunca, desde que en la noche electoral se advirtió su condición de partido de alternativa de poder y de cabeza visible de la oposición.

LA disyuntiva de la situación actual está claramente bifurcada: o el Gobierno cumple con los partidos sus compromisos del pacto de la Moncloa enteramente, y comparte el poder aunque sea a desgana, pero por obligación, o el pacto de la Moncloa deja definitivamente de tener ningún valor y los partidos recuperan su puesto en la vida democrática: el de la oposición. Esta última solución es la más deseable desde un punto de vista de democracia real y de esclarecimiento de la confusión ambiente. Solamente que puede hacer temblar al Gobierno por una de sus partes más débiles, la de la economía. El señor Fuentes Quintana contaba con el consenso nacional para su plan de austeridad, y no lo está teniendo, porque el país no puede soportar la austeridad unilateral que se le plantea. Sin la garantía de los partidos políticos quizá no pueda salir adelante. Pero si el Gobierno cumple con los partidos, y lleva adelante la austeridad por medios de justicia social, y da en contrapartida las libertades ofrecidas, la derecha se le tira al monte. Y quizá tampoco lo pudiera resistir, porque su esquema mental —esquema mental es la idea coyuntural con que sustituye a una firmeza de ideología política— no está fabricado para ello.

LA sensación de que los partidos se están desolidarizando del pacto puede aumentar, efectivamente, la situación de caos y de falta de salidas. En realidad, no hará más que saber qué puesto ocupa cada uno en la vida nacional, qué vale cada estamento y qué cada clase. ■